

## Calcetines rojos y baldosas amarillas

Ana Gallego Cuiñas (Universidad de Granada)

Follow the yellow brick road. These well-marked  
bricks will take you to the wizard, and the wizard  
has the power to get you back home.  
The Wizard of Oz

El último poemario de Pablo Jauralde, *Calcetines rojos* (Calambur 2004), no aparece delante de nosotros, sino dentro. Este “libro de poesías” se presenta como un recorrido cóncavo y lúdico por las múltiples estaciones en las que para, ineluctable y caprichoso, el tren de la vida. Nuestra existencia diaria, sus contrariedades y contradicciones, es lo que el poeta espeja en cada uno de estos versos que se pasean por el verbo ser recordándonos que la literatura, y su trabajo, siempre fue un modo de estar. Y es que *Calcetines rojos* llama continuamente a la vida y a la memoria, a la máquina de la imaginación que la construye y nos constituye en aras de hacer frente a las acechanzas del olvido. Jauralde despliega once formas -en casi un centenar de poemas- de combatir los “inconvenientes previos” a nuestro “desenlace fatal”, que apuestan por el compromiso con la palabra, la voz (impregnada de otredad) y el lenguaje. Somos lo que (nos) narramos, por eso nombrar es una de las palabras claves de esta poética gallarda que transita por los márgenes del discurso y el silencio. Así, de lo que se trata es de narrar, contar, numerar, vindicar los impares y los primos, la primera conjugación y los verbos transitivos. De ahí que el movimiento, la periodicidad, las variaciones (las nuestras y las de Bach), ascensos y descensos sean las principales constantes de una obra poética que destila madurez, sabiduría, ironía y, sobre todo, autenticidad.

Los sonetos y poesías que en este libro encontramos luchan contra el devenir implacable del tiempo; la cotidianeidad plagada de detalles nimios que hacen y sellan una vida; el cansancio y la pesadumbre del oficio de (sobre)vivir. La melancolía y la soledad -concurrida- se arraciman en estrofas que devienen restos de experiencia llevados a una categoría universal. Esto es, de la experiencia y expresión individual Jauralde pasa a la experiencia colectiva, poniendo en juego el mismo dispositivo sutil que hace que el hastío existencial se torne esperanza. La duplicidad es una de las delgadas líneas discontinuas que atraviesan los versos, junto con binomios, paradojas y versiones que no escurecen la escritura sino todo lo contrario: esclarecen. Asistimos a la sencillez de paisajes transidos de aire puro, escenas iluminadas donde desfilan rostros sin máscaras ni disfraces: “hay que terminar / resueltamente con las medias tintas”. Porque a este poeta, que apenas deja nada (y todo) en el tintero, le interesa alumbrar las zonas opacas de la ciudad y volver la vista a la naturaleza inescrutable. La poética urbana se combina con la del roble, las azaleas y los “álamos

gongorinos” amén de ofrecer al lector una contemporaneidad en la que resuenan los ecos del barroco, del verso azul y la canción profana, de la vanguardia del siglo XX. Ahora bien: Jauralde al repetir o adaptar imágenes y tópicos de la tradición poética, los modifica y enriquece con distintos virajes -de raigambre metafísica- que recalcan en el plano auditivo más que en visual, poniendo siempre el énfasis en la libertad expresiva del artista y en la esclavitud material del hombre. La poesía es una cuestión de ritmo, y el autor demuestra su excelente oído en la composición de sonetos, canciones y poemas repletos de musicalidad y melodía. El tono que se reproduce hace acordar al de los sueños, que como en Borges pueden ser inventados también por la vigilia: “sé que ya no me tengo que inventar ningún sueño / y que estaré / donde tú estés”. Porque Jauralde parece trenzar un sueño con otro, “que va y viene y vuelve y torna / cantando ausencias y contando historias”, a la manera de Petronio, de Góngora, de Coleridge, de Carrol y del propio Borges. Apela al hábito del ensueño, sus repeticiones e infinitud, ya que, tal y como señaló Antonio Machado, “De toda la memoria sólo vale / el don preclaro de evocar los sueños”. El sueño y la memoria fraguada de restos de experiencia -de “lo que guarda uno por la costumbre / de los días, las noches, el tiempo y las estaciones”-, son los que nos permiten hacer camino al andar, con los ojos abiertos, y percibir intuitivamente la realidad, como diría Hawthorne. Ésa es la lección que se desprende de este libro: el único modo de salvar los días es ejercer la imaginación, instalarse en “los espacios mágicos del sueño” y construir sentidos. Pablo Jauralde, al que podríamos llamar funambulista, prestidigitador del verso y de la vuelta, escribe las ambigüedades y ambivalencias de este sueño colectivo de la vida con las manos manchadas de literatura. El placer de vivir es el placer de contar y de leer libros que, al igual que éste, nos hagan sentir como en casa. Ahora sabemos que para seguir el camino de baldosas amarillas que conducen al mundo de Oz y de regreso al hogar, hay que vestir calcetines rojos.